

**Concurso de Literatura 2020**  
**Mención de Honor – Cuento Familiares**



**DIANA EVELIN PERSON**

## **Mi gran casamiento egipcio**

Mi conciencia no me deja mentir. Viajamos 11805 km para ir a un casamiento al que no nos dejaron entrar. Pero la historia no empieza en el casamiento, ni acaba con él. De forma previa tuve tres acercamientos a medio oriente... tal vez cuatro.

Conocí medio oriente con mi abuela. Todas las noches, religiosamente ella se acostaba a mirar la telenovela El Clon, producida por la Red Globo. Juntas acompañamos a la protagonista (Jade) por una serie de complejos enredos amorosos y vínculos familiares difíciles. Como yo era bastante chica, me impactó especialmente que una joven árabe inmigrante en Brasil le ocultara a su padre que se había indispuerto para no usar el velo. Cabe destacar que yo no era consciente de qué implicaba exactamente eso de indisponerse, pero por las dudas no hice muchas preguntas porque mi abuela estaba muy concentrada viendo la novela. Años más tarde, entendí que esa telenovela no era un reflejo de la realidad en medio oriente, sino una serie de prejuicios e ideas preconcebidas sobre el otro: nuestra mirada occidental idealizada y simplificadora. Pero falta mucho para eso.

Todavía soy chica y me regalaron un juego para computadora. El CD era de la Pantera Rosa. El usuario acompañaba al rosado protagonista por distintos lugares del mundo para resolver un misterio. Recuerdo que los sitios que más llamaron mi atención en ese momento fueron Egipto y la India. Si bien el juego no requería por

mi parte un pensamiento deductivo demasiado complejo, las momias despertaron mi interés.

En la adolescencia, caminando por el barrio de Recoleta, descubrí que en el Club Sirio Libanes daban un curso de comida árabe (clases teóricas, prácticas y degustación). No tuve que insistir demasiado a mis padres para que me acompañaran en esa aventura. El acercamiento gastronómico a esa cultura fue clave para el posterior desenvolvimiento de los hechos.

Viajé a Egipto en junio de 2019 para ir a un casamiento al que no nos dejaron entrar. Sin embargo, es lo menos importante. A veces todo sale mal. No importa lo que hagas, algo viene mal parido... y ya está. Te tenés que resignar a que será un año complejo. El 2019 fue un año de esos: complejo.

Unos días antes de partir le pregunté a mi abuela (que estaba internada con una hemiplejía de medio cuerpo por un ACV), a dónde le gustaría viajar. Si bien le costaba hablar, su respuesta fue rápida y determinante: Jerusalén. No le conté que en unos días iba a estar en esa ciudad, porque no quería que se preocupara, que estuviera asustada por mi retorno, y porque estaba segura que podría volver para contarle todas mis aventuras. Pero mi abuela falleció quince días antes de mi retorno y no llegué a contarle todo lo que sucedió.

Es curioso, pero si bien tuve una experiencia hostil y agresiva en Egipto, conocí personas hospitalarias e increíbles que recuerdo con mucho cariño. La primera impresión negativa fue el calor. Junio es pleno verano. Llegar al Templo de Philae con un sol agresivo y 42° C de sensación térmica no fue de mis ideas más brillantes.

Contratamos un crucero para poder recorrer más en pocos días, pero no tuvimos la mejor de las experiencias. El guía era francamente olvidable y no quiero hablar de él porque una persona así no merece ser recordada. Comimos demasiada comida occidental: segunda desilusión. Pero no importaba, porque cuando llegáramos a El Cairo nuestra suerte iba a cambiar...

Recorrimos templos increíbles detenidos en el tiempo en Lúxor y Asuán. Durante una semana nos dejamos enamorar por la grandeza del imperio egipcio. Sin embargo, no pudimos evitar notar la enorme brecha que separa a los cruceros para turistas de la gente.

Cuando llegamos a la capital, esa desigualdad fue mucho más violenta. La superposición de casas, el caos generalizado, la cantidad de gente, la basura en la calle, el ruido... las bocinas... nada te prepara para cruzar la calle en El Cairo. En nuestro primer día vimos un choque. El resto de los días uno se intenta acostumbrar a esa exigencia que impone la ciudad. Es un lugar donde un grupo de personas nacieron apuradas y otro sector está fumando y tomando té. Me enamoré de la comida y no sé si es porque uno está de vacaciones o por un *locus amoenus* (donde todo pasado fue mejor), pero los sabores de medio oriente no se pueden imitar. No importa que uno se traiga condimentos y recetas. Esos sabores y olores son diferentes.

Al día siguiente de nuestra llegada, teníamos el casamiento. Es menester aclarar, que los egipcios realizan más de una fiesta: la primera es en la calle, con los vecinos, y la segunda es la formal, de traje, en el salón. Al primer festejo, en la calle, asistimos

el día de nuestra llegada. Después de recorrer todo el día el mercado, fuimos al hotel a cambiarnos para ir a la casa del novio. Cuando estábamos llegando, nos dimos cuenta que no era lo que imaginábamos. Habían cortado dos calles, puesto una tarima, parlantes y luces por todos lados. Había tiras de luces led que colgadas entre las calles y arañas de vidrio en un barrio muy humilde de piso de tierra. Mesas de plástico, niños corriendo por la calle, los vecinos mirando desde la ventana.

La madre del novio nos recibió en el sillón de la casa en el tercer piso. Nos cocinaron arroz envuelto en hojas de parra y algo que bien podría ser pollo, paloma o codorniz. Comimos sin hacer demasiadas preguntas porque todo estaba exquisito. Al terminar de comer, todos se empezaron a preparar para bajar nuevamente a la calle. La calle se veía muy diferente. Estaba repleta de personas, había un presentador en la tarima y la música estaba tan fuerte que me costaba escuchar mis propios pensamientos.

Lo que sigue es una serie de sucesos extraños ininterrumpidos. Me hubiera gustado entender cada uno de los símbolos que veía, pero me limité a aplaudir y bailar, que era básicamente lo que hacía el resto de los asistentes. La novia llegó en un coche con su hermana. El novio la ayudó a bajarse del auto y juntos saludaron a casi todos los presentes. Las mujeres gritaban, realizaban un sonido estridente, un movimiento continuo de la lengua con el paladar y un sonido muy agudo para reproducirlo mediante la escritura. Cabe resaltar, que mientras todo esto sucedía, los negocios con local al público seguían atendiendo. Un señor que planchaba ropa llamó poderosamente mi atención. No dejó de trabajar hasta altas horas de la madrugada y acompañaba el casamiento con un movimiento de pie al ritmo de la música. Diría

que acá empezó la ronda de baile, pero sería una mentira. No pude registrar ni el comienzo ni el fin del baile, los recuerdo a todos bailando, todo el tiempo.

Eventualmente las personas se posicionaron en las veredas y dejaron espacio en la vereda para el desfile. Primero llegó un grupo con palos (¿o debería decir cañas de bambú?). El novio realizó algo que debe ser una danza típica con un tío. Luego bailaron los novios con sus familiares más cercanos agarrados de las manos. La música en vivo continuaba, cuando aparecieron los caballos... sí, caballos. Mi primera reacción fue asustarme, pero después cuando escuché disparos, me di cuenta que había exagerado mi sorpresa ante los equinos. Un grupo de bailarines de túnicas azules y pañuelos blancos realizaron un baile muy llamativo. Los caballos esquivaban a los bailarines y a las personas sentadas en la vereda. Por su parte, habían pintado a los caballos, un dato muy significativo teniendo en cuenta el calor que hacía.

Cuando los animales se fueron, aparecieron muñecos gigantes, en zancos. En general uno relaciona más a todos los muñecos con el ambiente circense. Pero lo que más me sorprendió, es que cuando los bebés lloraban, las madres les daban a los hombres disfrazados en zancos sus hijos para que bailen. Aunque usted no lo crea, los bebés dejaban de llorar.

Para cuando llegaron los hombres disfrazados de gorilas y los sujetos con máscaras saltando y gritando con bengalas encendidas, yo estaba convencida que mi capacidad de sorpresa no tenía fin. Veía a los niños corriendo por la calle, pasando al costado del fuego de las bengalas encendidas e intentaba procesar toda esa

información. Lejos estaba de la telenovela que veía con mi abuela. No había odaliscas bailando semidesnudas. No había distancia entre los participantes del evento: ni física, ni psicológica. Aún en el caos, todo sucedía con total armonía.

Cuando aparecieron otros bailarines a girar con polleras de colores con luces, me percaté que era la única mujer que no tenía velo. La gente me miraba, pero yo estaba tan ocupada registrando cada cosa que veía que no me había dado cuenta que era objeto de esas miradas.

Bailamos con los novios, nos sentamos, aplaudimos, nos reímos. Cuando muertos de cansancio decidimos partir, un primo del novio se ofreció a llevarnos. Si bien le intentamos explicar que estábamos muy cerca de nuestro alojamiento, él nos hizo recorrer 7km hacia un hotel que no era el nuestro, solo para hacernos pasear.

Al día siguiente teníamos el casamiento formal, en un salón de fiestas del ejército. Nos pareció una buena idea aprovechar la mañana para conocer las pirámides de Guiza, pero fue un error. Los turistas cometemos muchos errores. Uno piensa que cuando ya viajó un par de veces, no te van a volver a estafar. Sin embargo, en ese éxtasis, en ese estado de nirvana al conocer lugares nuevos, que esconden siglos de civilizaciones, en esa ensoñación, vuelve a caer... y te roban y te sentís la persona más desafortunada del mundo. Qué ironía ¿no? Uno está viajando, puede darse ciertos lujos, algunos gustos, y por un pequeño incidente deja que se opaque todo lo positivo. Nos olvidamos de lo afortunados que somos cuando nos pasa algo negativo en un viaje.

Chinchudos nos fuimos a dormir la siesta, para estar bien para la noche. Cuando el primer UBER nos canceló el viaje sospeché que algo no estaba bien. Pero pedimos un segundo auto. Este dijo que no nos podía llevar al salón... Llamamos al novio y le pasamos el teléfono al conductor. No importa cuántas veces veas hablar a un árabe, siempre te parece que están discutiendo. Será la entonación, la prosodia, los gestos o una sumatoria de todos. En este caso, creo que realmente estaban discutiendo. No obstante, el conductor accedió a llevarnos.

Cuando llegamos, nos encontramos con un grupo de uniformados militares. Hablaron con el conductor y este nos dijo que no podíamos entrar. Afortunadamente, reconocí en otro auto a un familiar del novio y le hice señas a mi pareja para que fuera a hablar con él. Luego de varias discusiones, los militares nos dejaron sentados en una cafetería en la entrada del predio. Estuvimos dos horas esperando, viendo a todos entrar, hasta que llegó el novio. Su hermano hizo algunos trámites para que nos dejaran entrar. Pudimos ver la ceremonia, aplaudimos mientras los sentaban en el centro de una pérgola y sus familiares les rociaban humo encima con un incensario.

Ese día llevaba un pañuelo negro porque me había sentido incómoda ante las miradas. Después de la ceremonia, la hermana de la novia se acercó a mí. En un inglés rudimentario, me explicó que no era necesario que usara ningún pañuelo, que yo tenía otras costumbres, otras creencias. Entendían perfectamente mi situación, apreciaban mi gesto, pero que no era necesario. Dejé el pañuelo sobre la mesa y fuimos a aplaudir y bailar con los asistentes. Estuvimos menos de 15 minutos en la boda. Unos oficiales se acercaron, nos dijeron que necesitaban que



saliéramos para hacer un control de seguridad de nuestros pasaportes. No me dejaron ir a buscar el pañuelo a la mesa. Nos abandonaron en la cafetería y a las tres horas, cuando empezamos a ver que los invitados se iban, nos pedimos un taxi.

En ese momento estaba muy enojada, porque me focalizaba en que no fueron directos con nosotros. Hubiera preferido que nos dijeran que nos fuéramos, que no nos iban a dejar entrar de nuevo. Por suerte el tiempo hace que veamos las cosas distintas. Un año más tarde, los novios me copiaron el video de la fiesta en un pendrive. Pude ver que la fiesta formal era mucho más parecida a cualquier casamiento occidental (pero sin comida). Lo increíble, lo mágico, fue el evento en la calle.

Me hubiera gustado contarle a mi abuela que la novela que veíamos en la tele no era un fiel reflejo de la realidad. Decirle que en medio oriente las mujeres no están semidesnudas, no son frías ni competitivas. Explicarle que el velo no es un castigo machista y patriarcal. El velo es un símbolo cultural. Ellos respetan el pelo de una forma que nuestra mirada occidental obsesionada con el cuerpo de la mujer como objeto sexual no entiende.

Las bailarinas del vientre solo danzan para turistas. Los enredos amorosos son más propios de las telenovelas que la vida misma. Quisiera decirle que las mujeres en medio oriente te miran porque sos diferente, no porque te estén juzgando. La hermana de la novia me abrazó y quiso que me sentara con ella. Sus gestos y su cariño dicen mucho más de la cultura árabe que cualquier telenovela. Ella bailó

conmigo y me ayudó a sacarme el velo. Cuando me fui del casamiento, el pañuelo quedó sobre la mesa.